

COMENTARIOS

SOBRE LA RELACIÓN ENTRE PACIENTES Y PROFESIONALES DE LA SALUD

MANUEL MACHUCA GONZÁLES¹

La Medicina y sus ciencias afines, han sufrido un enorme desarrollo a lo largo del siglo XX, que han incrementado notablemente la esperanza de vida de la humanidad, si bien uno de los grandes retos por lograr es que todos los grandes avances conseguidos, y los que sin duda quedan por llegar, puedan beneficiar, sean accesibles y lleguen a todas las personas.

El descubrimiento de la penicilina y el desarrollo de los antibióticos, la investigación y diseño de medicamentos para enfermedades cardiovasculares, son apenas ejemplos de los importantes avances que nos ha dejado el siglo XX, a pesar de que existen otras lacras, además de la comentada inequidad en el acceso a estos remedios, para enfermedades como el SIDA, la malaria, el cáncer, en las que todavía queda mucho por hacer.

Todos estos avances han dado lugar a nuevos paradigmas en la relación entre los pacientes y los profesionales de la salud, tradicionalmente los médicos. Gracias a toda esta evolución, que muchos denominan revolución, muchas otras profesiones se han visto implicadas en el cambio y han sido destinadas a ocupar otro rol en la sociedad. Así, el desarrollo de la profesión de enfermería ha sido enorme, y los cambios también están afectando a la Farmacia, con el nuevo reto que representa la Atención Farmacéutica, que enfoca su actuación hacia el paciente como eje absoluto del ejercicio profesional. Pero también han aparecido un buen número de profesiones que intentan satisfacer las necesidades del nuevo paciente, porque el paciente ha cambiado, a pesar de que probablemente todavía los profesionales no terminemos de darnos cuenta.

El desarrollo conseguido ha cambiado a los pacientes. Hace años, la relación entre paciente y profesional era puntual. El paciente acudía al médico por un problema concreto, agudo. El médico otorgaba la solución, que la elaboraba y despachaba el farmacéutico y así hasta una nueva circunstancia, si ésta llegaba a darse, cuando el paciente saliera con bien del trance. La relación era paternalista: usted tiene un problema y yo sé solucionarlo, usted obedece lo que yo ordeno. De ahí palabras y frases como *ordonnance*, que en la lengua francesa equivale a lo que entendemos como receta o prescripción médica y que tiene una carga semántica autoritaria, o la muy española frase «voy a ir al médico a ver qué me manda para mi problema», de un sentido similar.

El paciente del siglo XXI, es el paciente crónico, tal y como comenta el Dr Halsted Holman en la reputada revista JAMA el pasado mes de septiembre en su artículo «*Enfermedades crónicas: la necesidad de una nueva educación sanitaria*». Las enfermedades crónicas causan la inmensa mayoría de las consultas médicas y constituyen el 78% de los costes sanitarios en los países desarrollados. Esta circunstancia ha cambiado drásticamente el papel del paciente y el de los sistemas sanitarios. Mientras, como se dijo antes, las enfermedades agudas son episódicas, las enfermedades crónicas suponen la convivencia del paciente con éstas hasta el fin de sus días, al estilo de los antiguos matrimonios, hasta que la muerte los separe. Esto implica que el comportamiento del paciente y su visión y actitud hacia la enfermedad es muy diferente a lo que se concebía décadas atrás. Al formar parte de la vida y de su existencia, la enfermedad pasa a ser un miembro más de la familia. Cada familia es un mundo y cada relación del paciente con su enfermedad también lo es. Por tanto, pensar que la uniformidad de pensamiento va a existir en los pacientes, despreciar sus creencias y actitudes, intentar estandarizarlos y clasificarlos, no

¹ manuelmachuca@redfarma.org

hacen sino establecer inexactitudes que pueden hacer fracasar la relación entre pacientes y profesionales.

Entender a los pacientes es el gran reto de los profesionales de la salud. Intentar pensar, por ejemplo, que lo que para nosotros es muy importante, quizás para el paciente no lo sea tanto, que hay muchas formas de enfrentar a la enfermedad, desde negarlas, de ahí la gran cantidad de enfermos ocultos en muchas enfermedades crónicas como la hipertensión arterial, la diabetes, etc, hasta asumirlas en exceso de manera hipocondríaca. Pensar también que la constancia es una virtud no muy extendida en la sociedad, y esto también, como todo en la vida, influye en una rutina más de la misma como es la enfermedad. Por ello está tan extendido el incumplimiento terapéutico. Y en vez de intentar entender las causas de éste, el profesional, y nuevamente aquí se reflejan las miserias humanas, ha desarrollado más técnicas, algunas de ellas muy sofisticadas, para identificar de ma-

nera policial a los «delincuentes» incumplidores. Más fácil es arrestar que educar.

Mientras la ciencia ha avanzado y las enfermedades han cambiado su perfil, los profesionales todavía estamos instalados en nuestro altar profesional, sostenidos por la vanidad de sentirnos unos elegidos y de creer que la solución de los problemas sólo está en nuestras manos. De ahí vendrá la palabra paciente, por la paciencia que tienen con nosotros, que todavía no nos acabamos de enterar.

Por eso, creo firmemente que los profesionales de la salud tenemos dos retos muy importantes en el siglo XXI, dos desafíos que son a la vez urgentes e importantes, que necesitan de nuestra más absoluta implicación y compromiso: hacer llegar los avances a toda la humanidad, sin distinción de raza o recursos económicos, y entender a los pacientes, para lo que necesitamos bajar de nuestro trono y caminar entre ellos.